

## DE "RÍOS QUE SE VAN": LOS ÚLTIMOS POEMAS DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ Y EL ÚLTIMO *DIARIO* DE ZENOBIA CAMPRUBÍ

"Ríos que se van" es el título que Juan Ramón Jiménez le dio a los últimos poemas que escribió en vida, fechados entre 1951 y 1953 e incluidos en la *Tercera Antología Poética*, el último libro publicado por él.<sup>1</sup> En esta *Antología*, aparecen nueve poemas en verso y prosa bajo ese título. Dos son poemas "revividos", es decir, vueltos a pensar o a escribir. Otros de la misma fecha, destinados a "Ríos que se van", pero que no aparecen en la *Antología*, se publicaron en ediciones póstumas.<sup>2</sup> Entre "Ríos que se van" y el tercer y último tomo del *Diario de Zenobia*, escrito en Puerto Rico entre 1951-1956, año de su muerte, hay una estrecha relación.<sup>3</sup> Juan Ramón transcribe al verso la experiencia emocional de la enfermedad y posible muerte de su esposa en un máximo homenaje a la mujer que colmó su vida, que sirvió de modelo para su poesía mejor, porque fue ella la que lo llevó al concepto de "la poesía desnuda", depurada de todo artificio, como la amada.<sup>4</sup> Zenobia encarnaba para él todos los atributos que admiraba en la mujer y que nada tenían que ver con la sensualidad, pese a la sensual disposición del poeta. Los poemas de "Ríos que se van" hablan de lo que ella significó en su vida, de su trabajo para él, de la paz que aportó en su matrimonio y de la belleza de su *alma*. Y el último *Diario de Zenobia*, aunque desprovisto de poesía o vuelos literarios, en el lenguaje corriente en el que escribió el primero y el segundo *Diario*, ya fuera

---

<sup>1</sup> Juan Ramón Jiménez, *Tercera Antología Poética (1898-1953)*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva, 1957. Citaremos abreviando TAP, seguido del número de página.

<sup>2</sup> Los poemas de "Ríos que se van" se publicaron en *Insula*, Madrid, núm. 85, 16 de enero de 1953; p. 1. Póstumamente aparecieron en un folleto titulado "Zenobia y Juan Ramón Jiménez, 'Juan Ramón y yo' y 'Ríos que se van'", como recuerdo y homenaje a Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez (1956-1971), Madrid, Artes Gráficas Luis Pérez; en una edición privada de Pablo Beltrán de Heredia, Santander, Editorial Bedía, 29 de noviembre de 1974; en Juan Ramón Jiménez, *Leyenda (1896-1956)*, edición de Antonio Sánchez Romeralo, Madrid, Cupsa Editorial, 1978; y en Juan Ramón Jiménez, *Lírica de una Atlántida (1936-1954)*, edición de Alfonso Alegre Heitzmann, Barcelona, Galaxia-Gutenberg, 1999.

<sup>3</sup> Se escribe esto estando el tercer tomo del *Diario de Zenobia* en vías de publicación. Zenobia Camprubí, *Diario 1. Cuba (1937-1939)*, Madrid, Alianza Editorial y Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1991 y *Diario 2. Estados Unidos (1939-1950)*, Madrid: Alianza Editorial y Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1995.

<sup>4</sup> Este tema ha sido tratado por esta autora en *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez*, vols. 1 y 2, *La poesía desnuda*, Madrid, Editorial Gredos, 1974; en "Poesía desnuda: Ruptura y tradición" en *Juan Ramón Jiménez, Actas del Congreso*, Instituto de Estudios Onubenses, Huelva, España, 1983; pp. 47-62 (el título en el índice aparece equivocado); y en "Juan Ramón Jiménez: Of Naked Poetry and the Master Poet (1916-1936)", *Studies in Twentieth Century Literature*, VI-2, (1983), Spring pp. 125-146.

en inglés o en español, es una elocuente expresión de amor por su marido. Enferma, angustiada, adolorida, Zenobia no cesa en sus esfuerzos por completar la obra de Juan Ramón, por seleccionar los versos que habían de incluirse en la *Tercera Antología*; por arreglarle los asuntos del diario vivir para cuando ella faltara, por organizar el legado juanramoniano que iba pasando a la Sala de Juan Ramón y Zenobia de la Universidad de Puerto Rico, y sobre todo, por su empeño en sacar a su marido del profundo estado de depresión en que se hallaba, comunicándose ella, constantemente, con los médicos; asegurándose de que él recibía inyecciones y medicamentos que eran elementales remedios de esa época, sin los adelantos que hoy ayudan a los enfermos de la mente a recuperarse.

Sorprenderá al lector la lucha de Zenobia para que su marido se aseara, se cambiara de ropa, permitiera al barbero pelarlo. Todos estos desganos eran síntomas de su enfermedad. Sabemos, los que conocimos a Juan Ramón, lo pulcro y elegante que era en su apariencia.

El heroísmo de su mujer sobresale en el *Diario* porque la enfermedad de Juan Ramón era un desorden mental, pero la de ella era de grandes dolores físicos. Zenobia no hace alarde en el *Diario* de los poemas que Juan Ramón le dedicó, pero los anota. Sólo al escribirle a su sobrina política en España se permite celebrar el hecho.<sup>5</sup> Me atrevería a decir que hasta ese momento de su vida, Zenobia no se había dado cuenta exacta del papel que había hecho en la vida y obra de su marido. Recuerdo que estando yo de visita en su casa de Riverdale, Maryland, la que ocupaban antes del traslado a Puerto Rico, hablábamos de la poesía amorosa y Zenobia le dijo a Juan Ramón: "Tú nunca me has escrito a mí poemas de amor", a lo que él contestó: "Pero, mujer, si *Estío* es todo para ti". Juan Ramón escribió *Estío* en 1915, antes de casarse, en 1916 y le dedicó el libro a Azorín, una manera de desnudar el verso al que había trasladado todas sus ansias de enamorado cuando Zenobia aún no le correspondía de lleno; pero en cualquier lectura que se haga de *Estío* es obvio que se refiere a un hablante perdidamente enamorado de una mujer.

Veinte años después, ya casado, Juan Ramón le dedicó el bellissimo libro *Canción a Zenobia*, en una dedicatoria reminiscente de los versos de "Ríos que se van". Cito: "A / mi mujer / Zenobia Camprubí Aymar / a quien quiero y debo tanto, / estas canciones que le gustan / y tantas de las cuales ha anticipado y confirmado / ella / con su espíritu, su bondad y su alegría". Juan Ramón, tan amante de la belleza en todas sus formas, exalta la belleza de espíritu de su mujer, lo que también hace en "Ríos que se van". Algún mal intencionado en España ha escrito, torpe y gratuitamente, que Zenobia era fea. Los que la conocimos sabemos que era una mujer graciosa, agradable y de apariencia

<sup>5</sup> Ver carta de Zenobia a Lola Hernández Pinzón Vda. de Quintana, escrita en Puerto Rico el 14 de febrero de 1952 y citada en *Inicios de Zenobia y Juan Ramón en América*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1982; p. 194.

sencilla. Habría sido bonita si se hubiera pintado y arreglado como otras; pero no le interesaban los afeites y menos a Juan Ramón.

En "Ríos que se van", Juan Ramón le canta su canción última a la belleza no percibida de su mujer convaleciente, cuya luz, metafóricamente, se va como el sol en la tarde. En el poema "El color de tu alma" dice:

... No es fulgor, no es ardor, y no es altor  
lo que me da de ti lo que te adoro,  
con la luz que se va, es el oro, el oro,  
es el oro hecho sombra: tu color.

El color de tu alma; pues tus ojos  
se van haciendo ella, y a medida  
que el sol cambia sus oros por sus rojos  
y tú te quedas pálida y fundida,  
sale el oro hecho tú de tus dos ojos  
que son mi paz, mi fe, mi sol: ¡mi vida! (TAP, p. 1043).

La paz que Zenobia aportó a su vida y su obra fue la salvación del poeta que, seguro emocionalmente, en el amor depositado en su mujer, pudo dedicarse a la búsqueda, por la poesía, de su espacio verdadero como criatura humana aferrada a la tierra en un siglo en que se perdían o transmutaban todas las creencias que permiten al hombre vivir en armonía con su espacio y su tiempo.

En otro gran poema de "Ríos que se van", titulado "Concierto", habla Juan Ramón de ese remanso conseguido por su mujer:

Hechada en otro hombro una cabeza,  
funden palpitación, calor, aroma,  
ya cuatro ojos en llena fe se asoma  
el amor con su más grande franqueza.

¡Unión de una verdad a una belleza  
que calma y que detiene la carcoma  
cuyo hondo roer lento desmorona  
por dentro la minada fortaleza!

Momento salvador por un olvido  
fiel como lo anteterno del descanso  
la paz de dos en uno,

y que convierte

el tiempo y el espacio con latidos  
de ríos que se van, en el remanso  
que aparta a dos que viven en la muerte (TAP, p. 1037).

En la última estrofa aparece la frase "con latidos / de ríos que se van", metáfora que, durante la residencia de Juan Ramón en América, adquiere un significado que va más allá que el de las coplas de Jorge Manrique a la muerte de su padre.

Entre los versos que Juan Ramón escribió en los Estados Unidos bajo el

título “Una colina meridiana” y fechados 1942-1950, hay un poema titulado “Riomío de mi huir” (TAP, p. 935) publicado por *La Nación* de Buenos Aires el 18 de setiembre de 1949 con el título “Romance són de mis venas” que es el segundo verso del poema y es un precedente de *Animal de fondo*, como ya ha notado Alfonso Alegre Heitzmann en su edición de *Lírica de una Atlántida* (notas 4 y 5) que recoge los poemas escritos por Juan Ramón en América. En “Riomío de mi huir” la creación poética es el son o canto de la sangre del poeta que él llama: “salido són de mis venas / que con tu sangre has regado / parajes de tantas tierras”. El poema expresa el gozo del hablante al desprenderse de ese son, que va a parar en el mar y se funde con él para formar una armonía perpetua. La compensación que tendrá el poeta será ver su sangre derramada sobre su parte quieta de animal de fondo.

El mar es un elemento de fondo que refleja el sin-fondo que es el espacio sideral. La metáfora de río-vida de Manrique pasa a ser río-son y río-sangre. Esta significación aparece ya en *La estación total*, el último libro que Juan Ramón escribió antes de salir de España;<sup>6</sup> pero en este momento no me es dado desarrollar el tema, puesto que mi intención es mostrar la relación entre la última poesía de Juan Ramón y el último *Diario* de Zenobia.

Juan Ramón desarrolla la idea del verso-són en una conferencia pronunciada en la Universidad de Puerto Rico el 23 de abril de 1954, titulada “El romance, río de la lengua española”.<sup>7</sup> Haciendo un recorrido histórico-literario del romance español desde los poetas de la Edad Media hasta los más recientes del siglo XX, incluyendo a gallegos y catalanes, Juan Ramón observa que los ríos de España no son muy caudalosos comparados con algunos de América, y que el romance, la expresión poética más típicamente española, recoge “el són de las corrientes en el verso, sea de ocho sílabas o de dieciséis, que esto, en el río es lo mismo; y además, natural, pues los ríos aumentan, o cambian el cauce.... Lo importante es el ritmo, el acento, el són, el són de la corriente” (p. 12), y añade: “Los poetas siempre han sido amigos de los ríos por el brotar palpable del agua, elemental como el de la inspiración; por su encauce, por su caminar, por su ir, por su huir, por su són, vuelvo a decirlo, por su ‘dar en la mar que es el morir’, buen fin que todo lo sume y lo hunde, sin perderlo, en masas continuas de contención...” (*ibíd.*). Juan Ramón ha introducido un nuevo elemento en la metáfora del río: el verso, producto del esfuerzo del poeta, brota como la sangre, y va a parar en el mar sin perderse.

De las coplas de Manrique han dicho los críticos del siglo XX que es un doctrinal de cristiana filosofía, que ofrece una visión tripartita del mundo: la de la vida terrenal, la de la vida perdurable y la de la vida heroica, emoción

<sup>6</sup> Juan Ramón Jiménez, *La estación total con las Canciones de la nueva luz (1923-1936)*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1946.

<sup>7</sup> Publicada en *La Torre*, Revista General de la Universidad de Puerto Rico, VII- 26, (1959), abril-junio; pp. 11-154. Al citar, damos las páginas de esta revista.

nueva, cuyo sentido iba a descubrir el Renacimiento porque crea un nuevo tipo humano que se sabe hijo de su esfuerzo y de sus obras y lucha por su potente voluntad de gloria, una lucha tanto corporal como espiritual.<sup>8</sup> Jorge Manrique le canta al padre vencedor en innumerables combates y a sus atributos del espíritu. La lucha afirmativa y vital y la elegíaca y meditabunda proceden de una misma armoniosa unidad espiritual (*ibíd.*). Pero Juan Ramón es un poeta de la Modernidad, que lucha por encontrar aquí en la tierra prueba de la vida perdurable y la busca sin descanso a través de la creación poética. Podría decirse que se sacrificó en el empeño; ese fue su esfuerzo heroico. *Animal de fondo*, de 1949, afirma su triunfo en la batalla, al encontrar en su conciencia la prueba de su inmanencia o de su participación o identificación con lo divino. "Ríos que se van" sigue a *Animal de fondo* y la anticipada muerte ya no es la gran preocupación de su vida; por el amor le ha llegado la paz.

En el último *Diario* de Zenobia vemos qué entrañablemente el verso en Juan Ramón está ligado al amor a su mujer y a su condición de español. En la mencionada conferencia sobre el romance, lo relaciona a la copla, auténtica expresión moderna del pueblo español. Dice Juan Ramón que durante siglos, hasta el dieciocho, el Romancero vino a ser la poesía popular española pero que "cuando termina ese repetir del Romancero, empieza a brotar en España la copla, más personal y más directa, del pueblo (*La Torre*; p. 29). En el diario del 4 de octubre de 1955, Zenobia cita una copla que Juan Ramón le había "canturreado" esa tarde:

¡Vida de mi vida  
Zenobia del alma!  
¡Qué bonita eres  
Lucero del alba!

Y de nuevo el 8 de octubre, dice Zenobia: "Esta noche Juan Ramón me ha dicho una copla popular tan linda que tengo que apuntarla por mucho que me opongo a [sus] ideas dramáticas. Dice así:

Cuando yo esté en la agonía  
Siéntate a mi cabecera  
Pon en tu mano la mía  
Y puede que no me muera".

Téngase en cuenta que estos episodios ocurren cuando ambos esposos están gravemente enfermos.

El primero de enero de 1956, Zenobia saca a Juan Ramón a dar una vuelta en automóvil y apunta que "una de las preciosas cosas" que le dijo fue: "Cuando yo sentí la vida / es cuando yo te quise a ti" y agrega Zenobia: "Me

<sup>8</sup> Citado en el "Estudio Preliminar, Introducción" de Federico Sainz de Robles, *Historia y Antología de la Poesía Castellana (del siglo XII al XX)*, Madrid, M. Aguilar, Editor, 1946; p. 60.

dijo muchas más lindísimas, que hubiera querido apuntar”. No pudo hacerlo porque no tenía pluma, pero recuerda la que Juan Ramón le dijo al regreso, a pesar de que expresa su estado de ánimo deprimido y descorazonador: “Envuélveme con tu luz para que la muerte no me vea”.

El 3 de enero de 1956, el último año que escribe Zenobia en el *Diario*, habla de una “preciosa” conversación con Juan Ramón en que “se iba adentrando en los recuerdos y durante una hora, ha sido él, sin sombra de intromisión morbosa. ¡Qué maravilla! ¡Nunca más cerca el uno del otro!”. Estas frases concuerdan con las de Juan Ramón en “Ríos que se van”.

No sabemos cómo corresponde Zenobia a estas expresiones amorosas de su marido, aunque nos hable de su alegría. Sabemos, sí, que no podía ella expresarse con las palabras poéticas de Juan Ramón; pero la sencillez en la lengua de *Diario* es total.

En octubre de 1954, Juan Ramón fue recluido en un hospital, permitiéndole algunas veces ir a dormir a su casa o que su mujer fuera al hospital a dormir con él. Querían desprenderlo de su dependencia en ella y Zenobia había prometido hacer lo que los médicos indicaran, teniendo que esperar, cada noche, el mandato de ellos. El 29 de octubre, cuando Juan Ramón le había rogado que fuera a pasar la noche con él, los médicos decidieron lo contrario. Escribe Zenobia: “... estoy esperando: en capilla casi sin poder pensar y llorando a lágrima viva” y continúa: “me preguntó ayer si me acordaba de él cuando no estaba a su lado. Yo le contesté si no veía que siempre iba cargada de cosas para él y si no le parecía una crueldad esa pregunta. Entonces me preguntó si no me preguntaba lo mismo cuando éramos novios y que esto es lo mismo... ¡Qué alegría!”.

Poco más de dos meses después, el 11 de enero de 1955, Juan Ramón aún recluido o de nuevo en el hospital, escribe Zenobia: “Hoy es el primer día, no, el segundo que he visto a Juan Ramón dar un gran paso adelante. No debieron decirle que me iban a dar permiso para visitarle y su alegría y sorpresa fue tan inmensa que se sentó sólo en la cama con los brazos tendidos. ¡Qué alborozo para los dos!”.

Nótese que Zenobia reacciona a estas expresiones amorosas de Juan Ramón con “alegría” y “alborozo”. La alegría fue una característica o virtud de Zenobia. En el estudio de su vida, he entrevistado a numerosas personas que la conocieron de niña, de joven, soltera y casada. De niña era tímida, callada y hasta enfermiza. En cuanto a su juventud, todos han notado su alegría: sus amigos de Madrid, de Nueva York y de Boston. Me cuentan que cuando se incorporaba a un grupo o entraba en una reunión era como si hubiera entrado la luz. Ya madura, en la Universidad de Maryland, los alumnos se matriculaban en sus cursos repetidas veces. Recuerdo que un día de primavera en que fue vestida con traje nuevo amarillo en vez de los casuales negros y azul marino del otoño y el invierno, los estudiantes la aplaudieron.

En el *Diario* de Puerto Rico, Zenobia sólo expresa alegría en circunstancias que tienen que ver con el estado de su marido. Lo que más se nota es esa lucha porque Juan Ramón recupere la salud y vuelva a la normalidad.

Cada lector del *Diario* lo leerá según sus conocimientos, su temple, su buena o mala voluntad. Se servirán de sus páginas para sus propios fines, como lo han hecho los detractores de Zenobia y Juan Ramón, de los que quedan bastantes, validando el *dictum*: "España, madrastra / de tus hijos mejores". Esos usarán las palabras de Zenobia para perpetuar la leyenda negra, creada por algunos de los que él fue maestro y amigo y por otros de cosecha más reciente. En 1954, la revista *Índice* volvió a promover la rencilla entre Juan Ramón y Jorge Guillén. Juan Ramón fue invitado anticipadamente a dar su opinión y se limitó a escribir unas líneas, sin mencionar la verdadera razón por el rompimiento entre él y Guillén, cuando éste lo postergó y después de invitarlo a abrir un número de su nueva revista *Los cuatro vientos*, invitó a otro gran escritor para ponerlo en su lugar. En cualquier época y tratándose de la talla de Juan Ramón, ya reconocido como un gran poeta, esto sería, si no insulto, un gran desaire. El caso fue más complicado de lo que parece y Zenobia menciona en el *Diario* que ella le aconsejó a Juan Ramón no actuar de prisa, lo que él hizo, atendiendo sus consejos con la obvia intención de no darle importancia al asunto.<sup>9</sup> Para sorpresa suya, en el número de *Índice* del 25 de febrero de 1954 apareció lo que él llamó un "maremagnum", con documentos del lado contrario que indicaban que el asunto estaba bien planeado ya fuera por mala voluntad o por aumentar la venta de la revista.

El 25 de setiembre de 1954 escribía Zenobia en su *Diario*:

Nos encontramos en una nueva etapa de lucha por la salud de Juan Ramón que a ratos se encuentra tan abatido que se echa a llorar. Me cuesta mucho trabajo no consolarlo con el cariño que yo querría, pero este da un resultado contrario y no hay más remedio que cortar su emoción con entereza por no decir dureza. En este mismo momento me está diciendo: "Zenobia mía, en un abismo estoy" a lo que le contesto: "Bien pronto vamos a salir de este abismo".

Cuatro días después, el 29 de setiembre de ese 1954, aclara: "Vivo en un estado de gran inquietud. Pidiéndole a Dios angustiosamente que podamos soslayar esta nueva crisis de Juan Ramón. El pobre es tan bueno que en medio de su ansiedad extrema, me pide perdón por las molestias y la inquietud que me causa".

Según empeora la condición de ambos, la heroica Zenobia saca fuerzas de, Dios sabe dónde, invisibles fondos, atendiendo al correo, a las publicaciones, a las ediciones de los libros de Juan Ramón y miles cosas más. Solamente una vez tiene palabras duras para su marido. Por su casa transitaban innumerables

<sup>9</sup> Ver Ángel Sody de Rivas, *...Y al final la luz. La polémica entre Juan Ramón Jiménez y Jorge Guillén*, Grupo de Historia José Berruenco, 1999.

amistades que iban a enterarse de su estado de salud, a llevarle cosas, a hacerle mandados; pero un día, sin previo aviso, se le presentaron cinco parientes de otro pueblo a la hora intempestiva de la cena. Dice Zenobia: "en un ataque de furia como no había tenido hace tiempo [Juan Ramón] los echó a todos a la calle con la mayor grosería". A Zenobia le volvió la hemorragia por sus esfuerzos de sentarlo a la mesa y callarlo. A la siguiente mañana, disgustada aún, comenta: "Esto de que a Juan Ramón no le da la gana de ir a la Biblioteca sin mí es una verdadera condenación. Voy a tener que ir sin deber. De todos modos, mi estado es mejor, aunque quemadísima". Estaba quemada por los Rayos X que le administraban a diestro y siniestro y le impedían casi sentarse.

Me imagino de antemano lo que los mal intencionados pueden hacer de este episodio y pienso que el desacato no es la furia de un hombre enfermo, sino la falta de consideración de los que, con todos los medios de comunicación a su alcance, y pese a sus buenas intenciones, se presentan sin avisar a casa de dos personas seriamente enfermas y sin otra atención que la propia. El que conoció en salud a Juan Ramón sabe de su franqueza al expresar sus creencias y opiniones; pero jamás lo conoció grosero.

Cualquiera que consulte un *Manual de Información Médica* o a un psiquiatra competente, se entera de que aún no se entienden bien las causas de la depresión, enfermedad psíquica que puede ocurrir sin causas obvias o por sucesos que tienen un gran impacto emocional en la vida de una persona, en particular, si tiene que ver con la pérdida de algo valioso. El primer ataque serio de depresión le ocurrió a Juan Ramón a la muerte de su padre en 1901, cuando tenía veinte años. Ignacio Prat investigó esa etapa de la vida del poeta en Francia, al cuidado de un médico francés, y entretejió, con esmero y acierto, la relación de vida y obra. Tituló Prat su libro: *El muchacho despatriado* con gran certeza, queriendo decir: privado de la patria.<sup>10</sup> También estuvo Juan Ramón en América, privado de la patria. No salió de España por voluntad, como otros exiliados, sino por los esfuerzos de Zenobia que sabía que materialmente y emocionalmente su marido no podría tolerar la estancia en su país durante la Guerra Civil. Se sabe la simpatía de ambos por la República y la ayuda que ofrecieron desde América a las víctimas de esa guerra. No volvió Juan Ramón a su tierra después porque, como le oí decir un día, "en España no podía vivir un hombre libre". Y como le escribió Juan Guerrero de Washington, en diciembre 1º de 1943: "Yo no soy monárquico, ni republicano, ni falangista, ni comunista, etc., etc. Soy un hombre libre" (inédito).

Es de notarse que el primer ataque serio de depresión le ocurrió al poeta en la Florida, Estados Unidos, en 1941, donde se sintió más fuera de su tierra que en Cuba y Puerto Rico. Entonces, la Florida era lugar de retiro de los

---

<sup>10</sup> Ignacio Prat, *El muchacho despatriado. Juan Ramón Jiménez en Francia (1901)*. Edición a cargo de Carmen Jiménez, Madrid, Taurus Ediciones, 1986.



norteamericanos. La recaída le ocurrió casi diez años después, en 1950, en Maryland, lo que provocó el viaje a Puerto Rico en busca de un ambiente más acorde a su lengua y su cultura. Su mejoría en Puerto Rico no duró mucho, pese a los esfuerzos de sus médicos y de su mujer. El poeta tenía ya 70 años, una edad en la que es más difícil la recuperación. Juan Ramón sufrió los peores síntomas de la enfermedad: la ansiedad, la irritabilidad. La persona puede decaer de tal manera que toda acción voluntaria cesa, se siente progresivamente incapaz y desesperado y piensa en el suicidio.

En estas condiciones, sorprende este comentario en el *Diario*. El 31 de julio de 1955 escribe Zenobia: "Hoy hubo una cosa muy buena. Juan Ramón escuchó una página de periódico de noticias sobre el proyectado satélite que Eisenhower aprueba y apoya, sin protestar una sola vez y sumamente interesado". El día anterior, en la primera página del *New York Times* se daba la noticia que el Presidente de los Estados Unidos, Dwight Eisenhower había aprobado y apoyado la construcción de un satélite para explorar el espacio y ayudar a pronosticar el tiempo, como actividad del Año Geofísico Internacional, de julio 1957 a diciembre 1958. Fred Singer, un joven profesor de física de la Universidad de Maryland, donde enseñaron Zenobia y Juan Ramón, había diseñado un vehículo del tamaño de una bola de baloncesto con instrumentos dentro, capaz de mandar señales por radio. Podía darle vuelta a la tierra cada 90 minutos a una velocidad de 18.000 millas por hora y a una altura de 200 a 300 millas sobre la tierra. Yo no sé si estos detalles se los leyeron a Juan Ramón; pero sí pienso que después de su logro ontológico en *Animal de fondo*, esta prueba de que el hombre podía explorar lo alto impensado, tenía que interesarle, pese a su disposición negativa. En *Animal de fondo*, el había dicho del espacio sideral:

Todas las nubes que existieron,  
que existen y que existirán  
me rodean con signos de evidencia;  
ellas son para mí  
la afirmación alzada de este hondo  
fondo de aire en que yo vivo,  
el subir verdadero del subir,  
el subir del hallazgo en lo alto profundo

(TAP, "Todas las nubes arden", p. 972).

El *Diario* de Zenobia registra importantes sucesos políticos y culturales de la isla de Puerto Rico, cuando el pueblo hace el mayor esfuerzo por mejorar la situación del país, se crea el Estado Libre Asociado después de elegir su propio gobernador y se firma y aprueba su propia Constitución. Por la isla pasan grandes escritores, arquitectos, músicos, artistas. Hay conciertos, exposiciones y actos a los que Zenobia y Juan Ramón asisten. Interesa ver como Zenobia modifica sus opiniones de personas o grupos cuando llevan a cabo loables acciones o expresan palabras de apoyo e interés por Juan Ramón.

La isla de Puerto Rico está representada en el *Diario* con afecto y gratitud. Zenobia estaba acostumbrada a vivir en grandes urbes: Barcelona, Madrid, Nueva York, Washington. Sabemos que en su correspondencia a viejas amistades europeas se permite la crítica, pero en el *Diario*, su expresión más íntima, cualquier opinión negativa de personas o cosas puertorriqueñas es breve, y a veces tiene gracia.

El lector del *Diario* aprecia, a través de esa crónica, la generosidad y el afecto de este pueblo hacia la pareja. Los antepasados maternos de Zenobia eran inmigrantes corsos en Puerto Rico y hugonotes en los Estados Unidos, y ella se enorgullecía de que los unos fueron fundadores y rectores de Guayanilla, pueblo puertorriqueño, y los otros, fundadores del mercantilismo del que llegó a ser el gran puerto de Nueva York.

La estancia de Zenobia y Juan Ramón en Puerto Rico le dio brillo a esta isla, y la Sala de la Biblioteca de la Universidad que lleva su nombre es reputada como el mejor centro de investigación de la vida y la obra de ambos. Y debe seguir siéndolo, porque la fama del poeta crece. En una edición del año 2000, *Los 100 grandes poemas de España y América*,<sup>11</sup> por el crítico hispanoamericano Julio Ortega, profesor de la Universidad de Brown, basando su opinión en la edición de la poesía última de Juan Ramón, *Lírica de una Atlántida*, escrita en América, confirma que Juan Ramón es el mayor poeta español del siglo XX. Quiero citar más ampliamente las opiniones de Ortega: “Es revelador que el siglo termine con quien empezó: con el poeta más lírico, el más exigente y el más solitario de la España moderna”, y agrega: “Jiménez recorre la poesía de nuestro tiempo, entre ambos lados del Atlántico, como un modelo radical de lirismo extremo, auscultación interior y sabiduría poética. Su cultivo de la forma fue una ética rigurosa, una demanda de belleza y verdad en la ardiente y transparente felicidad de su lenguaje” (Prólogo, p. 15).

¿Podemos dudar de la sana y amorosa influencia de Zenobia en la vida y la obra de Juan Ramón? ¿Podemos dudar de la sinceridad del amor de estos dos seres? Pero hay quien, sin conocer ni sus vidas ni la obra del poeta, apoyándose en las fuentes más negativas y pasando por alto la verdad que leen en otros, han distorsionado lo que escribe Zenobia en los primeros dos *Diarios* para justificar sus propósitos y puntos de vista. Pero la historia y el tiempo preservan la memoria de los grandes, no de los pequeños escritores.

Zenobia escribió el último diario el 13 de septiembre de 1956 y dejó la página sin terminar, ya lista para regresar a Puerto Rico de Boston, del Massachusetts General Hospital, donde los médicos la desahuciaron porque ya su mal no tenía remedio. Entonces le escribió a su “Queridísimo Paco de mi alma”, el sobrino de Juan Ramón, Francisco Hernández-Pinzón Jiménez, que tantas veces había acudido a su reclamo. En él confiaba para que se llevara al poeta a

<sup>11</sup> Julio Ortega, *100 grandes poemas de España y América*, México y Madrid, Siglo XXI Editores, 2000.

España, sabiendo que enfermo como quedaba y sin ella, se dejaría morir, no haría la voluntad de nadie y sólo sus familiares tenían potestad para decidir por él.

Zenobia murió en Puerto Rico el 29 de octubre de 1956, tres días después de enterarse de que su marido había ganado el Premio Nobel. En el *Diario* también habla de su trabajo para ayudar a la que esto cuenta y al Departamento de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad de Maryland en la documentación y presentación de la candidatura del poeta dentro de la fecha señalada por la Academia Sueca.

El Nobel fue su premio, como dijo su marido, y fue su monumento de amor para él. Yo alcancé a ver a Zenobia y a hablarle antes de su muerte y vi en el momentáneo brillo de sus ojos de moribunda, ese oro del color de su alma del que escribió Juan Ramón en "Ríos que se van" y que asomó para decirme todo lo que yo sé que me quería decir. Dolorida y enferma, me recibió para que pudiera terminar la biografía de su marido, sabía que yo lo quería y admiraba pero fue ella la que con su luz me hizo comprenderlo y quererlo y a ella, nunca olvidarla, "[p]or su espíritu, su bondad y su alegría" como dijo su marido, el poeta.<sup>12</sup>

LITERATURA PUERTO  
*Graciela Palau de Nemes*  
*Universidad de Maryland*

---

<sup>12</sup> En la dedicatoria de *Canción*, Madrid, Aguirre Impresor, 1936.